

## ¡Al Mando único y responsable, todo honor!

Por el GENERAL AYMAT

El día 7 de febrero último, el General Eisenhower entregaba el Mando del Ejército norteamericano al General Bradley, y la Prensa mundial entera se hacía eco de la frase de que el momento más importante de la vida militar del primero fué el 6 de junio de 1944, "al ordenar, contra el consejo de sus asesores técnicos, que esperaban un 80 por 100 de bajas, el desembarco, que resultó feliz, de dos Divisiones de paracaidistas en Normandía".

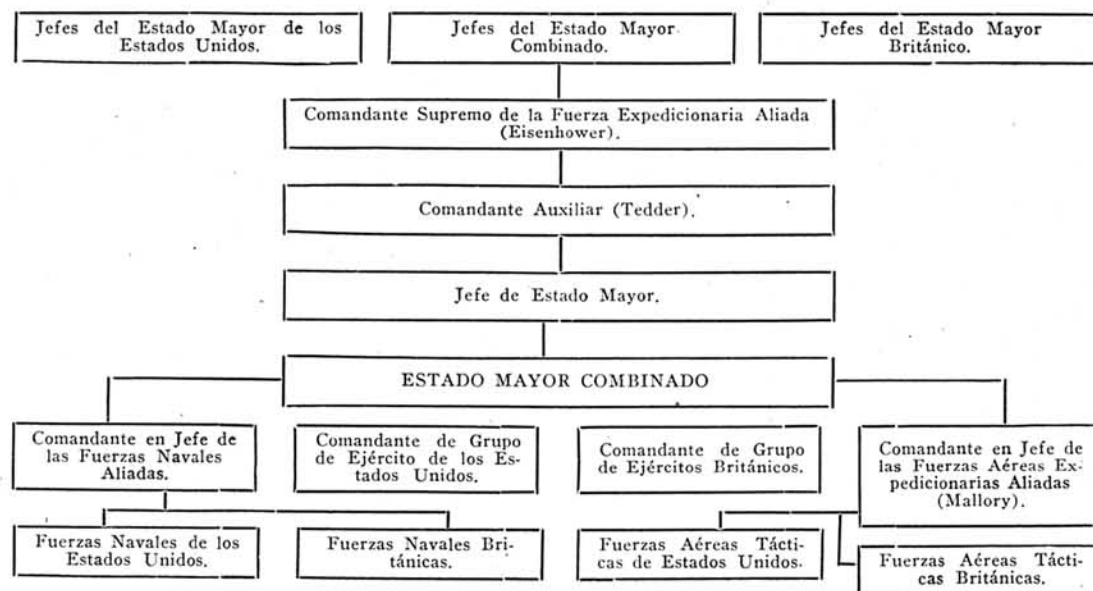
Hay que confesar que en el haber de Eisenhower, General en Jefe de las fuerzas expedicionarias en Europa, hay triunfos de cuantía excepcional que pueden compararse a los de los más gloriosos Capitanes de la Historia, y, sin embargo, ese al parecer nimio detalle, es el que más impresionó a ese General, para que llegue a aparecer como sobresaliente en el mundo de sus recuerdos; y no debe sorprendernos a poco que consideremos que el acto más trascendental del Mando militar, y tanto más cuanto más elevado sea el escalón en que se ejerza, es la decisión, resultado de un proceso intelectual y moral, en el que pesa sobre la conciencia toda la gravedad

que entraña la responsabilidad de las posibles consecuencias, tan grande como debe ser completa la libertad con que debe tomar sus resoluciones.

La decisión es consecuencia de la claridad con que se aprecien la situación y las posibilidades propias y del enemigo. Los datos del problema son presentados al Mando por su Estado Mayor, y claro está que, cuando el parecer de éste no coincide con el sentido de la resolución que tome el Jefe, la responsabilidad pesa sobre éste más gravemente, hasta el punto de llegar a ser abrumador si el éxito no corona los esfuerzos de la batalla empeñada.

Abundantes son los ejemplos de exigencia de responsabilidades de operaciones desgraciadas, en que, si no muy noble, sí muy humanamente sonaron palabras de "ya se lo dijimos, pero no nos hizo caso".

Del General Eisenhower se ha llegado a decir que, más que un General en Jefe, fué un presidente de Consejo de Administración, y disculpa tal apreciación el texto de la orden de su nombramiento: "Artículo 4.º Seré usted responsable ante los Je-



fes del E. M. combinado y ejercerá el Mando de acuerdo con el diagrama anterior.

Advertimos que los nombres entre paréntesis no figuran en el diagrama. Pero el cuadro resultante es un verdadero galimatías, al pensar, con sentido militar, en el orden de atribuciones, dependencias y responsabilidades. Una de dos: o los trazos del diagrama tienen sentido, o carecen de él, y no cabe tomarlo como expresión del modo de "ejercer el Mando". ¿Cómo cabe depender, en términos militares, recibir órdenes o directivas, lo mismo da, algo que obligue a obedecer, de tres organismos impersonales y además policéfalos? Ese triple escalón que separa al Comandante supremo de los cuatro Comandantes de las dos fuerzas terrestres (británica y norteamericana) de las navales y de las aéreas, ¿separan la cabeza decisoria e impulsadora de los subordinados ejecutores de sus órdenes?

¿Qué es ese Estado Mayor Combinado, escalón entre el Jefe de E. M. y los Comandantes subordinados? ¿Qué papel es el del Comandante auxiliar? Pudo, por la personalidad aérea del Mariscal Tedder, como un elemento importantísimo que diera, como elemento asesor, sentido aéreo al Mando; pero posteriormente se ha venido en conocimiento de que quien auguraba pérdidas, fuera de relación con las ventajas de los desembarcos aéreos, fué Mallory, Jefe de

las Fuerzas aéreas. Escalón intermedio, aislante, entre el Mando supremo y el Jefe de Estado Mayor, no se concibe hubiera de ser, ni lo fué.

¿Qué queda, pues, del esquema? No vemos más que el escandaloso y sarcástico calificativo de "Supremo" de un Mando tan limitado por arriba como intervenido en su camino, o el deseo de disimular una falta de confianza y libertad.

Y en verdad que no se merecía el General Eisenhower esas limitaciones. Al entrar Norteamérica en la guerra, era Jefe del Estado Mayor el General Marshall, y la desgracia con que comenzó la campaña en Pearl Harbour y Malaca, hizo poner remedios heroicos al mal, y prescindiendo de toda prevención contra lo omnívoto de atribuciones a un Mando militar, se dió éste al General Mac Arthur. Naciones varias, los Ejércitos diversos con puntos de vista e intereses a veces tan contrapuestos como si fueran países extraños, oponían salvedades y hasta resistencias. Marshall mandó llamar a Eisenhower, el subordinado que había redactado las instrucciones al nuevo Mando, como hombre de gran claridad de juicio y maestro en la presentación y justificación metódica de sus propuestas, y logró convencerles.

Este detalle demuestra que era el Jefe al que se le daba el diagrama, como norma de conducta; otro Foch, hombre singulari-

simo, capaz de convencer además de mandar, que en esas coaliciones de naciones o de Ejércitos, como la sanción que obligue a obedecer contra íntimo convencimiento (principio de disciplina ineludible y, en circunstancias graves, de trascendencia enorme en la guerra) es difícilísimo.

Pero el prestigio no sólo hay que merecerlo, precisa que se haya impuesto por su evidencia para que sea reconocido por los demás.

Si Foch, dentro de lo que es posible conseguirlo en paz, lo tenía ganado en Francia, en su cátedra de la Escuela de Guerra, hubo de confirmarlo con su brillantísima actuación en la difícil pugna del Marne y, sobre todo, en la crisis de Flandes, donde supo (convencer y mandar) aunar la acción de ingleses, belgas y franceses, y aun con tan gran prestigio, las atribuciones plenas, acatadas por todos, no las consiguió, a pesar de las críticas circunstancias de la primavera de 1918, más que paso a paso.

Júzguese cómo iban a dar ingleses y americanos mando pleno a Eisenhower. Ni podía satisfacer a Eisenhower mando tan mediatizado. Refiriéndose no ya a las fuerzas que se ponían bajo sus órdenes, dice en sus Memorias: "Si comprendía que las Fuerzas aéreas estratégicas norteamericanas responderían directamente ante los Jefes de E. M. combinados en Washington, *no estaba satisfecho con ello*, pues si la responsabilidad del esfuerzo principal contra Alemania radicaba sobre mi Cuartel General (debió decir, prescindiendo de falsa modestia, "sobre mí"), todas las fuerzas que hubieran de emplearse dentro del teatro de operaciones, por tierra, mar y aire, deberían ser responsables ante mí y bajo mi dirección, por lo menos durante los períodos *críticos* precedentes y subsiguientes al asalto."

Con estos antecedentes, no es extraño que cuando llegó el momento de obrar, y al tropezar la iniciativa de Eisenhower con dificultades por parte de sus colaboradores, y hubiera de disentir, resolviendo de plano, según su leal saber y entender, dejara ese acto de mando pleno impresión imperecedera en su ánimo.

Cuando la norma del Mando es esa manera de actuar porque el dominio sobre los subordinados sea indiscutido, porque se apo-

ye en prestigio ganado por laureles anteriores, como ocurriera con Napoleón, no se da importancia a esos detalles.

Precisamente esa resolución tajante del Mando frente a observaciones de subordinados que estiman temeridad la orden recibida, nos ha recordado una lección inolvidable de Arte militar que hace muchos años el entonces Teniente Coronel Eduardo Fuentes nos dió sobre el terreno. La carga de los lanceros polacos de Napoleón en Somosierra.

Volvían en diciembre de 1808 a España los Ejércitos franceses, con su Emperador al frente, a vengar la derrota de Bailén. Habían batido a Blake en Espinosa, avanzando rápidamente a Burgos y rechazado en Tudela a las fuerzas de Castaños.

A primera hora del día 30 de noviembre llegaba la vanguardia a la entrada del desfiladero al norte de Somosierra, al estrechamiento por donde hoy está la boca norte del túnel. Cubría el terreno espesa niebla, y las tropas habían establecido contacto con las primeras líneas del General San Juan, desplegadas sobre las laderas de ambos flancos del camino. El avance se hacía lento, y las fuerzas que seguían el camino real tropezaron con resistencia, recibiendo fuego de fusilería y de artillería, que en cuatro baterías batía escalonadamente la carretera desde cuatro recodos, la última al pie mismo del collado. Napoleón sigue, llega a la garganta misma, y sólo se detiene ante el fuego que causa bajas en su propio séquito. Se acomoda en una hondonada a la izquierda del camino (km. 95,5 actual), y ordena avanzar al General Montbrún con la vanguardia de la 96 División, que sigue el camino; pero el avance es lento, languidece, y el fuego detiene a los primeros jinetes que intentan salir de la angostura.

Impaciente Napoleón con la resistencia, que contraría su deseo de entrar en Madrid el día 2, aniversario de Austerlitz, que ha de causar (o al menos lo espera) gran efecto moral, ordena al escuadrón (unos ochenta lanceros polacos, que constituyen su escolta aquel día) que cargue a la batería. Montbrún, que viene de allí, le hace presente la imposibilidad de tal carga. Napoleón, por no pegar a alguien, golpea nervioso con su fusta la pera de su silla de montar. El jefe de la guardia, General

Walter, se atreve a observar: "Sire: Un momento de paciencia; la infantería está escalando los flancos; luego una carga por el centro terminará el incidente. Nada se habrá perdido por esperar." Napoleón rugió de cólera: "¡Imposible! No conozco esa palabra. ¡Cómo! ¿Mi guardia detenida por unos insurgentes?" Su ayudante, conde de Segur, lleva la orden al Comandante Korjietulski, al que acompaña en la carga. De los seis Oficiales, mueren tres y quedan heridos los demás; sólo quedan ilesos veinte de los ochenta jinetes, y la carga de Somosierra pasa a la Historia como ejemplo glorioso de las posibilidades del arrojo y abnegación de una Caballería. Pero el desconcierto, si bien momentáneo, causado en las baterías, y sobre todo en las tropas y su Mando, que, sin ver por la niebla, adivinan la lucha en el fondo de la cazuela que forma el ensanchamiento del valle (kilómetros 95 a 93), les hace retirarse, y la victoria, que hacen sonadísima, lleva a Napoleón a Madrid, que a las intimidaciones serias abre sus puertas al invasor.

¿Temeridad? ¡No! Cuando lo que se empeña es de escasa cuantía, por pequeña que

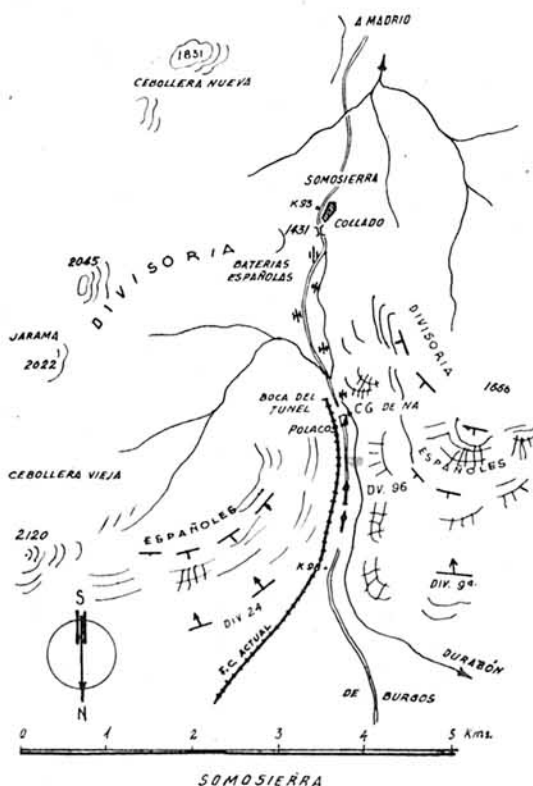
sea la probabilidad de éxito, si la trascendencia de éste es grande, debe intentarse, y constituye una plausible audacia. Napoleón supo con su genio ver a la par las probabilidades de éxito, consecuencia de la sorpresa, del desconcierto que había de producir la falta de visibilidad. Conocía la escasa veteranía de la unidad polaca, recién formada, pero sabía que sus miembros eran individuos selectos, muchos de la nobleza, con un altísimo amor a su Patria, orgullosos de servir a las órdenes directas del que consideraban restaurador de Polonia. Sabía, en una palabra, apreciar exactamente el valor de los imponderables, que tan decisivo papel juegan en la guerra. Y si salía mal, ¿qué? Un centenar escaso de bajas, no de franceses. Luego les rendiría el honor de saludarles, sombrero en alto, como "¡Valientes entre los valientes!", que por lo demás, el abandono de la pobre y heroica Polonia ha venido a ser tópico en la Historia.

Llena está ésta de ejemplos de que el Mando, cuando está ejercido por un genio militar, osa empresas que para la vulgaridad de sus auxiliares pudieron parecer descabelladas. Alejandro, tanto frente al Gránico como en vísperas de la batalla de Gaugamelos, mal llamada de Arbelas, desoyó juiciosos consejos de su viejo y tan hábil como fiel General Parmenión, porque sobre ventajas de orden operativo, pero momentáneas, pone la trascendencia que en el orden moral han de tener sus triunfos. Con nobleza puede decir: "¡Yo no hurto la victoria!"

Sólo un genio como Hernán Cortés podía comprender cómo el incendio de las naves había de multiplicar el espíritu ofensivo de su gente (1).

Y no hemos de ir a buscar lecciones en las nieblas de la Historia antigua, ni en figura tan prócer militarmente como el genial corso, ni en desdichas patrias, que en nuestros días de hoy, y en casa, bien próximas las tenemos. Nos referimos al paso

(1) El mismo glorioso Manco de Lepanto distingue magistralmente de valentía y temeridad cuando sienta (capítulo LXIII, párrafo segundo del "Quijote"): "Las esperanzas dudosas han de hacer a los hombres atrevidos, pero no temerarios." Entre ambos extremos decide el balance de utilidades y trascendencias.





del Estrecho en nuestra Guerra de Liberación.

En las páginas 81 a 87 de la "Historia militar de la guerra de España", de Aznar, que por sus relaciones con el Cuartel General del Generalísimo debió de estar enterado, aparece que, ante lo precario de nuestros medios de Aviación y la indiscutible superioridad material, que no es lo mismo que dominio rojo en el mar, los asesores del General Franco consideraban el intento fuera de los límites de la más elemental prudencia. Se le llega a atribuir la frase: "Bien, bien; pero no les he llamado para que me digan estas cosas, sino para comunicarles que el convoy debe pasar con máxima urgencia. ¡Yo les aseguro que pasará!" Y pasó, porque si había riesgos, eran mucho menores, neutralizados como estaban por imponderables que el genio militar supo tener en cuenta. Así, el "Lepanto", en cuanto recibió un impacto, huyó a Gibraltar a dejar allí a sus heridos. La escuadra roja entera no se atrevió a dejar Tánger, y el mismo "Alcalá Galiano", en cuanto vió llegar los tres Dornier, rompió el combate y toda su superioridad de velocidad la empleó para ir a refugiarse en Málaga. Sabía nuestro futuro Generalísimo cuán impreciso es el bombardeo sobre barcos en movimiento y cuál es el posible volumen de fuego antiaéreo; pero sabía también cuán baja es la moral de una patulea indisciplinada; por eso su comentario al parte de la llegada feliz del convoy fué: "Tenía que ser así, señores. Es el triunfo de la fe y la disciplina sobre la traición y el barullo."

Pero volvamos a nuestros paracaidistas de Normandía. Muy fuerte era el muro del Atlántico, muy altos el valor combativo de la guarnición alemana frente a tropas, si bien entrenadas técnicamente, vírgenes aún a la prueba de la sangre y el fuego. Había que asegurar el éxito. Distraer a las reservas, fortalecer los flancos, permitir el despegue desde las playas de desembarco a primeras posiciones de resistencia que las pusieran a cubierto del fuego directo.

Nada más indicado que los desembarcos aéreos. Sin embargo, los ensayos de Sicilia e Italia, y hasta el mismo de Creta, habían puesto de manifiesto las dificultades con que se tropezaba. Mallory aseguró que costaría un 80 por 100 de bajas en unas

tropas selectísimas, difíciles de instruir y de sustituir.

No obstante, Eisenhower decidió se hiciera la operación.

En el sector británico, el notable trabajo de las fuerzas Pathfinder permitió a los grupos de la RAF vencer las dificultades resultantes del uso de diferentes tipos de aviones, portadores de diversas cargas a diferentes velocidades, y las tropas de la 6.<sup>a</sup> División Aerotransportada aterrizaron precisamente en las áreas señaladas al este del río Orne. Gracias a este buen comienzo, las principales operaciones militares se realizaron de un modo satisfactorio y con pérdidas menores de las que hubiesen resultado utilizando otra arma cualquiera del servicio. El grupo encargado de la misión de apoderarse de los puentes de Bénouville, sobre el Orne, y el canal de Caen alcanzaron un éxito notable. Aterrizando exactamente en el lugar indicado y en un área compacta de apenas un kilómetro cuadrado, las tropas entraron inmediatamente en acción y se apoderaron de los puentes intactos a las 0,85 horas. La sorpresa táctica lograda, así como la confusión creada por la caída de muñecos paracaídas explosivos, cosa que se hizo en todas partes, originó gran lentitud en la reacción enemiga, de modo que hasta el mediodía no se observó el contraataque de la 21 División Panzer. Para entonces los desembarcados en las playas habían consolidado ya sus posiciones, y los esfuerzos enemigos para desalojarlos resultaron vanos. Durante el día aterrizaron, sin novedad, numerosos refuerzos por medio de planeadores, contra los cuales resultaron ineficaces los obstáculos alemanes en forma de pértigas o palos; la operación se llevó a cabo como si fuese un ejercicio, puesto que no se encontró ninguna oposición, y al



anochecer aquella División ya estaba plenamente abastecida de todo equipo, incluso el pesado. Esta formación continuó sosteniendo con gran firmeza el flanco, hasta que el área de atrincheramiento quedó bien consolidada y el avance hacia el Este y a través de Francia la alivió de su responsabilidad.

Un grupo que debía repetir la hazaña de Eben Emael sobre la batería de Merville, que enfilaba la playa de Lyon (desembarcos Sword y Juno), no cayó sobre el fuerte, pero se reunió y asaltó por la gola la batería, apoderándose de ella, e impidió sus fuegos. En una palabra, el flanco izquierdo del desembarco quedó asegurado.

Otra cosa ocurrió en el derecho. Su misión, aparte de constituir el guardaflanco de este costado, pretendía llevarles a las alturas porque corre la carretera y el ferrocarril de Carentan a Cherburgo, cortar estas comunicaciones, apoderarse del borde del río Morderet, para evitar o dificultar el refuerzo de los defensores de la costa entre los ríos Sinope y pantanos del Douve, playa Utah, en el plan de desembarco, que además ofrecía la grave dificultad de tener detrás una línea de pantanos intransitables, la desembocadura entre los cuales era de muy fácil defensa para los alemanes, y asegurar el paso del Morderet hasta la contracosta, cortando a los defensores de Cherburgo.

Las fuerzas aerotransportadas americanas de la 82 y 81 Divisiones encontraron mayores dificultades iniciales. A causa de las nubes y de las condiciones atmosféricas, los "Pathfinder" no consiguieron localizar exactamente las áreas indicadas para el aterrizaje de las tropas paracaidistas, y la inexperiencia de algunos de los pilotos originó una gran dispersión de los hombres y de los suministros. Los 6.600 paracaidistas de la 101 División fueron diseminados en un área de 40 por 24 kilómetros de extensión, y el 60 por 100 de su equipo se perdió por esta causa. Sin embargo, la operación representaba una mejora sobre las que se llevaron a cabo en Sicilia, y el extraordinario valor con que lucharon las tropas les permitió en general llevar a cabo con éxito su misión. Los planeadores, soltados durante la noche del 6 al 7 de junio, se llevaron

bastantes refuerzos. Mientras la 101 División defendía la salida hacia la playa de Utah y se dirigía al Sur, hacia Carentan, la 82 División, a pesar del intenso bombardeo en el área de Ste. Mére-Eglise, también estableció contacto con las tropas que se internaban desde la playa Utah, a primeras horas del 7 de junio. La sorpresa fué tan eficaz en el sector occidental como en el oriental, y el mismo enemigo pudo presenciar la confusión originada por las tropas americanas al cortar comunicaciones y desorganizar las defensas alemanes. El éxito del asalto a Utah no se habría podido lograr de un modo tan notable sin el concurso de las fuerzas aerotransportadas.

Es verdad que esas Divisiones norteamericanas tuvieron bajas hasta un 60 por 100; que otros desembarcos de menor cuantía, al sur de Trouville, a uno y otro lado del estuario del Sena, fueron yugulados, como por otra parte era de esperar, por su finalidad meramente demostrativa, pero que distrajeron la atención de la defensa y llenaron toda su misión a la perfección. Aun con la diversión a que dieron lugar los desembarcos norteamericanos, en la base de la península del Cotentin, la situación de la playa Utah fué muy comprometida. Mucho más lo hubiera sido sin ella.

Es de creer que Eisenhower, aun sin los tristes augurios de Mallory, no se las prometiera muy felices en la suerte de los desembarcados; pero la guerra es eso: ayuda mutua de unos a otros, sacrificándose los que han de aguantar para que, con superioridad de medios, se triunfe en el punto decisivo. Esencia del orden oblicuo.

Eso hicieron los franceses en la ofensiva alemana de abril de 1918 sobre Chateau Thierry al sacrificar toda la Aviación disponible en ametrallamiento a ras del suelo de las incontenibles Divisiones alemanas, que no encontraban delante fuerzas terrestres organizadas hasta que llegaron las Divisiones de Caballería y más tarde de Infantería.

Eso hacía nuestro Generalísimo en nuestra guerra al desamparar de defensa anti-aérea sectores enormes del frente para concentrar donde hacía falta los siempre escasos medios disponibles, y la capacidad de sacrificio de Cabra facilitó las victorias del

Ebro. Ese es el espíritu de aquel Boy que cae con Baeza en Tifarauín, defendido por su querido compañero de promoción, o de Salgado con Villa, en apoyo de los legionarios, cuyo emblema lleva en el pecho, de tantos como cayeron aprovisionando reducidos aislados en África con el mismo espíritu de los Kamikaze en Okinawa.

No falta en los combatientes abnegación para morir en aras del bien común; pero los que han de empeñar sus fuerzas en misiones más que duras, fuertemente comprometidas, es natural que en el amor a sus fuerzas no es que regateen el esfuerzo, pero sí que midan las probabilidades de éxito. Tropas nuevas como eran (y siguen siendo novedad) precisa que no vayan irreflexiblemente a fracasos que pongan en tela de juicio su posible eficacia y reduzcan la fe ulterior en ellas. No es el hecho de lanzarse al aire o aterrizar en planeadores más que un incidente momentáneo que requiere, sí, su instrucción y valor, sino su alto valor combativo, su preparación larga, difícil y costosa, lo que caracteriza y hace excelentísima su calidad. Quien llega a tenerlas a sus órdenes es difícil que las suelte para nueva organización y empleo aéreo. Tenía, pues, razón, desde su punto de vista, Malloy al presentar su informe tal como lo veía; pero es al Alto Mando a quien, pesados pros y contras, correspondía decidir, y decidió

muy bien, y luego fué obedecido, poniendo alma y vida para que el éxito fuera lo más completo posible.

En esa resolución del Mando Superior libre, independiente, sin trabas que la limiten, tan completa y unipersonal como es la responsabilidad que trae consigo, es donde Eisenhower demostró merecer la confianza, también ilimitada, que ha de depositarse en quien se juegue la salud de la Patria.

Napoleón ya decía: "Encuentro muchos buenos Generales que saben su obligación, pero muy pocos hay que tengan prisa por empeñar una batalla decisiva." Amor a la responsabilidad, presencia de espíritu para arrostrarla con la conciencia tranquila, alta virtud militar, tan excelsa como rara.

Al concederse el mando único interaliado a Foch, le dijo el civilista Clemenceau: "¡Ya se ha salido usted con la suya!" Aquel soldado torció el gesto. Un paisano hubo de intervenir: "¡Señor Ministro: No es un regalo: le entregamos una batalla perdida y le pedimos que la gane!"

Esos organizadores de Comité, Juntas, Consejos, en que quiere personificarse el Mando Supremo Militar, que mediten sobre esos hechos de todos los tiempos, y cuyo recuerdo nos ha traído a la mente, las palabras de este otro abnegado soldado que supo ser Eisenhower.

